CATECISMO DE LOS FILÓSOFOS, Ó SISTEMA DE LA FELICIDAD,

CONFORME Á LAS MÁXIMAS del Espíritu de Dios y á los Preceptos de la Filosofía sensata.



CON LICENCIA EN MADRID.
EN LA IMPRENTA DE BENITO CANO.
MDCCLXXXVIII.

A costa de Don Joseph Ibarrola, del Comercio de esta Córte.

Quis est homo qui vult vitam; diligit dies videre bonos? Prohibe linguam tuam à malo; et labia tua ne loquantur dolum. Diverte à malo & fac bonum inquire pacem, et persequere, eam. Psalm. 33.



INTRODUCCION.

El deseo de la felicidad, grabado tan profundamente en el espíritu humano, parece que no encuentra su satisfaccion en la mayor parte de los hombres. Corre el hombre desde que nace al término de su dicha, pero estan los caminos de su vida tan llenos de obstáculos á su felicidad, que nunca llega á aquel momento, en que desee fixarse, sin solicitar pasar á otro mas dichoso. Lo pasado le entristece, lo presente le fastidia, y solo vive en la esperanza del instante futuro, que todavía no posee, y que acaso no poseerá jamas. ¡Qué terrible extravagancia! ¿No seria

mejor que olvidándonos del tiempo pasado, procurasemos ser felices en el momento presente, sin revestir el tiempo por venir, de unas esperanzas que nunca vimos realizadas? ¡Mas ay! Que la naturaleza humana es infeliz y desgraciada en la mayor parte de sus individuos! El hombre criado señor de la naturaleza entera, es al mismo tiempo la presa fatal, de quanto le rodea; y víctima de sus proprias, prerogativas; parece que está condenado á una superioridad de miserias. Las pasiones le tiranizan, el mundo le atolondra, la vida le es dolorosa, la muerte le asesta á todos momentos el golpe destruidor, y hasta su misma razon, que debia ser el Piloto que le conduxese al Puerto de la tranquilidad por entre

tre las olas del tempestuoso océano en que navega, es muy freqüentemente la causa de su naufragio. En vano se esfuerza la Filosofía Pagana en inventar especiosos sistemas de felicidad y contento; en vano el orgulloso estoico desafia valerosamente los males, y aun los sufre con vanidad arrogante, si su corazon que padece, desmiente en secreto esta paciencia especulativa; y condena altamente la violencia de su sufrimiento engañador. Los Platones, los Aristóteles, los Cicerones y todos los demas Filósofos que diéron nombre en la antigüedad, á las sectas, en las que se hacia profesion de aspirar á la felicidad exênta de inquietudes, fuéron miserables y desgraciados, á pesar de la sublimidad de su

Doctrina, y de la excelencia de su Filosofía. Su corazon estaba en contradiccion con sus mismas máxîmas: y miéntras que su razon se felicitaba de haber encontrado la senda de la felicidad, gemia amargamente su cuerpo baxo el tirano yugo de los males, con que le cercó la naturaleza. En todos tiempos fué el mundo el teatro del dolor, y si abrimos los anales del género humano, hallarémos tan comunes y seguidas las desgracias, que sin la revelacion, fácilmente creeriamos que el hombre habia sido hecho para ser el juguete de un destino sanguinario, inexôrable y malhechor. Mas gracias á la augusta religion de Jesu-Christo que nos manifiesta los motivos de este desórden: El Hombre criado para Dios eter-

eternamente, no puede hallar contento en las cosas de la tierra, y el inmenso vacío que se encuentra siempre en su corazon, es un despertador contínuo, que le avisa á grandes voces, y le recuerda sin cesar su glorioso destino. Ademas de ser la inquietud del hombre en esta vida justa pena del pecado de la naturaleza, es tambien el medio por donde le conduce Dios irresistiblemente al deseo de la felicidad eterna. La observancia del Evangelio, y la práctica de la religion christiana, son los únicos recursos que tiene el hombre para dulcificar las penalidades de la vida, y las dolorosas pensiones de su exîstencia. La razon por sí sola no era capaz de este secreto; y esta misma razon si la fe no

la iluminara, seria para la humanidad el mas funesto don de la naturaleza; pues que exâminando las desgracias y miserias de que está rodeada la vida, y no hallando en sí misma arbitrios para remediarlas, induciria necesariamente al hombre en la desesperacion mas cruel, conduciéndole por fin al suicidio mas detestable. Solamente la religion nos libra de este mal enseñándonos (para sufocar en nosotros los movimientos de la impaciencia, siempre dañosa é insensata) que somos originalmente pecadores, y que habiendo merecido por nuestros delitos, todas las calamidades de que está cubierta la tierra, debemos por ellos á la Divina Justicia una expiacion dolorosa y necesaria: Nos enseña igualmente

 que

que nosotros somos los artífices de nuestra infelicidad, siendo la libertad de que gozamos el verdadero autor de nuestros males: que Dios no tiene parte alguna en ellos, y que es necesario hacernos justos por la práctica de la virtud, para experimentar la propiciacion de un Dios Santo, que castiga el mal, y premia el bien. En fuerza de estas verdades, nos proporciona esta misma Religion, los medios mas conformes para ser felices, ilustrando nuestra débil razon, rectificando nuestras ideas, y concediéndonos el uso de las pasiones, hasta á aquel punto, en que son útiles al hombre, y hacen que su vida sea gustosa, y deleitable. Pero: ¡Es cosa bien extraña que estando esta religion (orígen de la felicidad á que se pue-

puede aspirar sobre la tierra) depositada constantemente entre los christianos, sean sin embargo infelices, por lo que pertenece á los placeres y á la felicidad, lo mismo que las naciones que no la conocen! Exâminemos sino la conducta de los Pueblos discípulos del Evangelio, y verémos con asombro, que á excepcion de un pequeño número de hombres privilegiados, que viven dichosos en el retiro y abstraccion christiana, estan los demas abismados en una infinidad de bagatelas, y metidos en un perene fluxo y refluxo de zozobras, que les hacen incómoda la vida, y fastidiosa su exîstencia. Todos se consideran desgraciados; y pasando apresuradamente de gusto en gusto y de placer en placer, no consiguen

otra cosa con esta variedad, que tomar las fuerzas necesarias á su constitucion miserable, y dar elasticidad á los muelles del sufrimiento, para padecer de nuevo. ¿Es esta la felicidad y destino de los christianos? Ellos que con solo observar la religion de Jesu-Christo, serian los mas afortunados de los hombres, gimen no obstante sin consuelo en el regazo de la afliccion, y se miran arrastrados de una multitud de infortunios, que no sabiendo, ni pudiendo evitar, les inspiran freqüentemente la rabia, la desesperacion y el furor mas bárbaro. ¿Qué diferencia se encuentra, por lo que mira á la felicidad entre la idólatra Asia y la Europa christiana? ¡Que espectáculo tan horroroso se ofrece aquí á nuestra con-

consideracion ! ¿ Por ventura vemos otra cosa en las Villas y Ciudades christianas, mas que un espíritu de frivolidad, que comprehende todas edades, un amor tumultuario de los placeres, que destruye nuestra felicidad y un contraste inexplicable de vicios y de virtudes ? ¡ Mas, ah ! Que este espectáculo no es tan terrible como el que nos presenta la Filosofía de nuestros dias ! El mundo lleno de maldades en todos tiempos, ha sido siempre peligrosa morada de la virtud, y de la inocencia ; pero el espíritu filosófico del dia hace su habitacion insoportable. La religion, que era el único asilo contra los males inseparables de la vida, y que contenia el furor de las pasiones, desordenadas por el pe-

cado, es hoy para muchos un nombre sin significado, y una fantasma que solo asusta á los espíritus flacos. Todo se puede hacer impunemente en el sistema de ciertos escritores modernos. De aquí es que está actualmente la tierra llena de unos delitos, cuya atrocidad espantaba antiguamente la razon del mundo pagano, pero que el espíritu filosófico de nuestra edad, logró hacer casi comunes en el mundo christiano. Los adulterios, los homicidios, la perfidia, y hasta el suicidio son muy freqüentes entre los Christianos de este tiempo. Los magistrados de un pueblo donde mas se ha predicado la nueva doctrina, observáron, que los veinte y tres suicidios sucedidos el año pasado en

Pa-

París *, fuéron obra de la irreligion solamente, no habiéndose notado en otros tiempos tanto número de estos abominables delitos, como desde que los Filósofos fuertes publican por todas partes los dogmas de nueva invencion. ¡O míseros mortales fantasmas de un solo momento, y mas vanos que la sombra de los cuerpos! ¿hasta quándo pues habeis de ser insensatos, contribuyendo con vuestros delirios, á aumentar las desgracias de la vida, y á llevar hasta lo sumo vuestra infelicidad? ¿Quién se podria persuadir á que siendo la religion el único consuelo en nuestros dolores, y la que nos conduce despues

pues

* Véanse las Gazetas de Madrid del año de 1784.

pues de esta vida á una bienaventuranza perdurable, habia de ser el objeto de nuestro menosprecio, y que no nos habiamos de aprovechar de sus luces, para lograr en este mundo aquella felicidad; cuyo deseo íntimamente grabado en el corazon humano, se consumará solamente con la inefable vista de Dios en la Gloria? El mundo, y la experiencia nos enseñan sin embargo esta Paradoxa, y vemos á la mayor parte de los hombres insensibles á su perdicion, é indiferentes sobre la otra vida. Los unos creyendo el Evangelio, pasan sin embargo una vida tibia y pecadora, como si no creyesen. Los otros, aunque no sean absolutamente incrédulos, y sin religion, vacilan no obstante y fluctuan en-

tre mil dudas necias, que la lectura de las novedades del siglo introduxo en su espíritu; y no acertando á salir de ellas por sí mismos, viven atormentados é infelices en una peligrosa indolencia, sin determinarse nunca á fijar sus vanos pensamientos. Estos hombres (á quienes pretendo dirigir mis lecciones) inconstantes, y divididos entre el vicio y la virtud, suspiran continuamente por la dicha y no la encuentran. Entran á veces valerosamente en los senderos de la verdad, mas á la mitad del camino suelen andar á tientas, entre las sombras con que la ofuscan el mundo y las pasiones. Fugitivos de sí mismos, y extrangeros en su propio corazon, andan errantes en la patria de sus pensamientos,

sin

sin saber á que atenerse, ni que partido seguir para alcanzar la felicidad y la paz. El mundo con sus prestigios fascina, y seduce su razon. La fogosidad de las pasiones los excluye de la felicidad; y quando podian ser dichosos con sola la observancia del Evangelio, nunca llegan á lograr la dicha que tienen entre sus mismas manos: semejantes en esto al Tántalo de la fábula que pereció de hambre teniendo presente la comida y la bebida por que tanto suspiraba. Corren estos infelices en la carrera del mundo, aturdidos con el ruido, sufocados con lás fatigas, sin pensar nunca en el débil muro, que separa la tumba del teatro de la vida. ¡Qué miserable condicion la de los hombres! ¡Qué incomprehensible el entendimien-

to humano! Estamos empeñados en hacernos desgraciados por nuestras mismas manos, y efectivamente lo conseguimos. La práctica de la religion christiana, que es la mas conforme á la felicidad del hombre, nos parece un peso insoportable, y unos preceptos tan suaves como los de Jesu-Christo, (que aun quando por un imposible, no se nos recomendaran, los debia guardar la razon por la tranquilidad que de su observancia resulta á todo el hombre) son para nuestra imaginacion extravagante un yugo que nos oprime. Con tan falsas ideas nunca nos resolvemos á hacer la experiencia de la virtud con fervor y determinacion, ni á gustar la dulzura toda de la religion christiana exâctamente observada.

Ó vosotros los que buscais por todas partes el tumulto y la disipacion, lisongeándoos de encontrar la alegría y la tranquilidad: vosotros, á quienes el mundo llama hombres de placeres, pero que sois en la realidad hombres de dolores; experimentad el suave imperio de la virtud; fixando por un momento vuestra inconstancia y practicando las lecciones de la sabiduría, si quereis vivir dichosos, y pasar vuestros dias tranquilos y apacibles en el seno de la religion amable.

Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum. Rom. cap. 8.

CATECISMO DE LOS FILÓSOFOS, Ó SISTEMA DE LA FELICIDAD,

CONFORME Á LAS MÁXIMAS del Espíritu de Dios y á los Preceptos de la Filosofía sensata.

LECCION I.

Sobre la religion.

Dios que es el ser eterno inmutable, y sin principio, exîge de todas sus criaturas un reconocimiento íntimo á sus beneficios. La creacion, la conservacion y la exîs-

exîstencia son dones suyos. Nuestra misma alma, que pocos años hace no exîstia, fué creada por su omnipotencia, é infundida en esta habitacion de barro, el cuerpo que tenemos. Por esta razon le debemos al Señor, que forma los hombres, una sumision entera de nuestra alma y sus potencias, y un culto religioso exterior de nuestros cuerpos, en protestacion del absoluto dominio, que exerce sobre todo lo criado. A este fin se dignó revelarnos este mismo culto, y manifestarnos su voluntad de un modo divino, constante é infalible, primero por sus Profetas, y despues, y en estos últimos dias, como se explica el Apóstol, por medio de su hijo muy amado, continuando actualmente este exercicio por el mi-

nisterio de la Iglesia Católica, los concilios generales y los pastores espirituales, que sin interrupcion se sucediéron desde los primeros siglos del christianismo hasta nuestros dias. En esta creencia, y conforme á estos principios, todos nuestros principales cuidados en esta vida no se deben reducir á otra cosa mas que á conocer la voluntad de Dios declarada en las escrituras, y á estudiar la economía de nuestra sagrada religion para obedecer y executar los preceptos divinos.

Nace el hombre ignorante y miserable, y si Dios no le instruye por algun medio humano, nunca será capaz de averiguar por sí solo, *quien es, de donde viene y adonde vá á parar.* Por esta razon se debe dexar conducir de la

revelacion, prestandose dócilmente á las instrucciones de Dios, sin pretender escudriñar atrevidamente las Leyes del Altísimo, y los decretos de su sabiduría incomprehensible. Las obras de la naturaleza, y los Fenómenos de la tierra se ocultan enteramente á nuestra perspicacia; y ¿ querriamos nosotros comprehender los arcanos de la divinidad y los consejos de la omnipotencia? ¡ Arrogante vanidad y locura es la de nuestros Filósofos, quando se creen árbitros de la naturaleza, y bastante poderosos para cambiar, variar y reformar su espectáculo! Mas por felicidad, todo su poder está reducido á términos pomposos, á palabras huecas y abultadas, que solamente nos causan en el oido un zumbido

do sonoro y momentáneo, pero que nos dexan en el fondo tan pobres é ignorantes como ántes, aunque orgullosamente deslumbrados y enamorados de nuestro saber. ¡Míseros y desgraciados mortales, que impotentes son vuestros esfuerzos contra el omnipotente brazo del Señor de los Cielos! Fórmenos qualquiera hombre que presuma de sabio, el pequeño cuerpo de una abexa, la delicada extructura de un lirio, prevenga los terremotos, disipe los uracanes, y evite por último el golpe fatal que destruye las generaciones; y ya tendrémos entónces motivos para admirar su sabiduría y venerar su poder. Mas por desgracia del género humano, fuéron demasiado comunes desde el principio del mundo

los catástrofes y las desgracias, y no son ménos freqüentes en nuestros dias, en que á fuerza de un exquisito modo de pensar, no solamente se ha intentado penetrar los secretos de la naturaleza con los recursos del arte, sino que se procura exâminar en el tribunal de la razon los misterios de la misma divinidad y las disposiciones del ser supremo. Pero: ¡ ó conatos imbeciles de los hombres ! La divinidad seria para nosotros sin la revelacion, un enigma: los males afligen hoy á la humanidad, como en tiempo de Noe: Las desgracias, las miserias, la corrupcion y la perversidad, reynan ahora como en los siglos de Roma y Athenas. Y á pesar de los pomposos renombres con que apellidamos dichosa

sa y dorada nuestra edad, obscuros é infelices los tiempos remotos, experimentamos actualmente las mismas calamidades y miserias, sin poder escaparnos nunca de las manos del Dios de las venganzas. La iluminacion de aquestos últimos siglos no nos hizo mas virtuosos, ni nos proporcionó mas remedios contra los males de la vida, que los que tuviéron nuestros antepasados, á quienes miramos con desprecio y aun tenemos la osadía, (mejor diré la fatuidad) de llamarles bárbaros, porque habláron ménos que nosotros, aunque acaso hayan dicho, y sabido lo mismo que los Maestros de las modernas escuelas. En el perpetuo círculo de opiniones, y sistemas, y en la fermentacion lite-

ra-

raria en que se halla al presente toda Europa, no se descubre un solo punto de apoyo sobre que podamos fundar el sistema de nuestra felicidad. La vida del Filósofo, igualmente que la del ignorante, se consume en una multitud de acciones casi de un mismo órden, con sola la diferencia, que quando se ocupan en ellas los llamados Filósofos, las nombra el mundo negocios importantes; y necedades y fruslerías, quando las hacen los ignorantes. Pitágoras, Platon, Aristóteles, y los demas legisladores Filósofos de la antigüedad ninguna reforma considerable hiciéron en el mundo, ni tampoco se hallan mas mejoradas y ordenadas las pasiones del hombre, despues del nacimiento del gran Bacon, Neuton,

ton, Descartes y Gasendo. Ya desapareciéron de sobre la faz de la tierra, y entráron en la region del silencio, los famosos Epicuros, Lucrecios, Bayles, Ruseaus, Voltaires y otros tan desgraciados reformadores como ellos, que despues de haber intentado corregir el mundo, le dexáron peor que estaba. ¿Qué es de la legislacion que tanto proclamaban? ¿Adónde se encuentra la felicidad que con emphasis filosófico nos anunciaban con tanta confianza, una vez que siguiesemos sus máxîmas? Ellos los infelices viviéron inquietos y perseguidos, metidos en un laberinto de dudas y zozobras, de que toda su vacilante sabiduría no les ha podido sacar, y devorados continuamente de su própia inconstancia, y cayéron por último

mo sin remedio en las manos del Dios vivo, cuyos juicios investigáron con arrogancia. ¡Ah! desgraciada y miserable toda su Filosofía, si despues de haberles adquirido una vida de inquietudes, les conduxo por fin á una eternidad de tormentos. Los Prosélytos de su doctrina no tuviéron suceso mas favorable, en perfeccionar la reforma que sus Maestros les dexáron dictada, y van experimentado sucesivamente y sin recurso el poder inexôrable de la muerte, y la certeza de la eternidad, contra la asercion de sus dogmas. ¿Quién hasta ahora fué enemigo del Altísimo, y tuvo paz? El mundo cada vez está mas perdido, y sus habitantes mas extravagantes. En vano intenta la razon humana, defec-

tuosa originalmente por el pecado, fabricar por sí sola la felicidad del hombre, y tomar á su cargo la legislacion de las pasiones. Solamente Jesu-Christo era capaz de reformar el corazon humano imponiendo al hombre unas leyes propias para este fin, como quien conocia tan bien la naturaleza de sus pasiones. El Evangelio pues es la regla de los hombres y el orígen de su felicidad. Unicamente aquel que practica sus máximas, y se somete con veneracion á sus decisiones, es el que goza de la vida tranquila, fruto de la paz del alma. Confiado todo en Dios, y libre de las dudas y cavilaciones, de que la mayor sagacidad del entendimiento humano no puede sacar al atrevido impio, se entrega apaci-

ci-

ciblemente al cumplimiento de las obligaciones ligeras que le impone el Evangelio, y muere sosegadamente en el seno de la religion, animado del entusiasmo sobrenatural y divino que le inspiran el testimonio fiel de su conciencia, y la regularidad de sus costumbres. ¿Quién podrá explicar dignamente la feliz situacion de un corazon christiano en el momento mismo, en que vá á experimentar las promesas de un Dios, á quien sirvió y adoró toda su vida en espíritu y verdad? Toda la Filosofía antigua y moderna es incapaz de proporcionarnos este momento, sin las luces y las virtudes del christianismo.

El medio pues mas proporcionado para vivir tranquilamen-

te en este mundo, es creer firmemente el Evangelio y cumplir exâctamente sus preceptos. Para conseguirlo debe el hombre verdaderamente Filósofo desechar al punto las dudas que su fantasía le ofrezca sobre la religion, considerando atentamente que ninguna de quantas estan extendidas por toda la tierra, tiene mayores ni mejores pruebas: Que sus dogmas son metafisicamente ciertos y evidentemente creibles: Que ninguna objecion pusiéron contra ella sus enemigos hasta el presente dia que no esté ya suficiente, y abundantemente desatada en los libros de controversía y apología: Y que los hombres de mayor ingenio, de todos tiempos, edades climas y condiciones, la profesaron constante-

temente, y por solo el convencimiento en que estaban de la verdad de su Doctrina, en virtud de un exâmen razonable de sus principios. Todos estos hombres llegáron á conocer que supuesta la necesidad que esencialmente tiene el hombre de una religion, solamente la christiana era la mas razonable, la mas análoga á la felicidad del alma racional, y la mas conforme á la ley natural y á la dignidad del hombre. En conseqüencia de estos motivos la abrazáron, y profesáron públicamente por sola la bondad, y santidad de su Doctrina, sin espíritu de partido, ó preocupacion. Es muy propio de espíritus débiles, y de ingenios superficiales pretender ostentar fatuamente que no tienen religion.

Y quando los impíos de nuestros dias hacen alarde de sus dudas, para destruir la rebelacion, manifiestan en esto la imbecilidad de su razon, y son convencidos de ignorantes, y arrollados con sus propias contradicciones, por los sabios defensores del christianismo, á la faz de todo el mundo literario. ¿Quál de los modernos corifeos de la impiedad se atreverá á entrar en paralelo, con los Apóstoles, los Chrisóstomos, los Gerónimos, y los demas Padres Griegos y Latinos de la christiana antigüedad? Sin duda alguna que saldria bien confundido, en este cotejo, en juicio de los mayores sabios de Europa. Pero hablando de los Católicos modernos: ¿qué almas mas grandes, ni que ingenios habrá superiores

á

á los Osios, Tostados, Calmetes, Fenelones, Bossuetes, Fleuris Cartésios y Malebranches? ¿Pues qué dirémos de tantos Papas y Reyes Católicos? Bástame oponer á los irreligionarios los Leones y los Sixtos, los Benedictos y Clementes, los Isidoros, los Alonsos y los Fernandos. Lo mismo digo de tantos sabios Opispos, Monges, Sacerdotes, Militares, Togados, como actualmente siguen por principios la religion christiana, en España, Francia, Alemania, Inglaterra y la Italia. Pues si tantos varones sabios, (hasta en juicio de los mismos incrédulos) no dudáron de la Doctrina de la Iglesia, y muriéron tranquilos en su gremio, ¿Por qué nosotros, hombres idiotas en su comparacion, tendrémos el atrevimiento de admi-

mitir por un solo instante las dudas que contra la fe nos proponen los modernos Filósofos? ¿Serán estos mejores Matemáticos, mas sublimes Metafísicos, mas profundos naturalitas que los sabios que acabamos de nombrar? Todo el mundo literario conoce lo contrario. Pues desde este instante me es sospechosa su filosofía, y protesto renunciar á la lectura de sus libros, que no me enseñan los medios de vivir tranquilamente en este mundo, ántes al contrario alteran la paz de mi conciencia, y me quitan los sagrados recursos que la Religion me ofrece, para vivir feliz en esta vida, y conseguir despues la Bienaventuranza en la otra. ¿Serémos por ventura nosotros de mayor ingenio y capacidad que San

Agustin ? Buena extravagancia seria pensarlo. ¿Pues por qué no deberémos sujetar como el, nuestro entendimiento á los dogmas de la revelacion, escuchar con veneracion la Católica Iglesia, vivir y morir tranquilamente en una fe, cuyo principal motivo es la veracidad del Señor que no puede engañarse ni engañarnos, y que tiene por otra parte tantos motivos de credibilidad ?

Sí, Dios mio, desde ahora creo todo quanto tiene y cree la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana, por que vos lo habeis revelado que sois verdad infalible por esencia.

LECCION II.

Sobre el estudio.

El hombre que no se ocupa, pasa una vida pesada, llena de incomodidad y fastidio. Los dias son para él muy dilatados, y nada puede hacer con gusto ni deleyte. El verdadero Filósofo piensa y obra de otro modo.

El cuerpo y el alma del hombre son dos substancias, cuyas funciones aunque diversas, necesitan no obstante auxîliarse mutuamente, para percebir las sensaciones gratas que resultan del exercicio de las facultades distintas que Dios les comunicó, en vir-

virtud de las leyes del comercio que tienen entre sí. Pero esta armonía se destruye, si se usa con exceso de estas facultades, ó si se les dexa enteramente en inaccion. Por eso es necesario usarlas con moderacion para que resulte en nosotros lo que llamamos salud, igualdad de temperamento, equilibrio de los humores, facultad de razonar despejadamente, y por último la vida racional. La meditacion es la mas digna ocupacion del hombre, porque con ella exerce el alma sus facultades, y se eleva al conocimiento de sí misma, y de su Criador. Para esto sirve el estudio. Mas este estudio debe ser particularmente sobre el conocimiento de Dios, y de sus maravillas, para alabarle y darle culto.

Conviene pues para vivir tranquilamente en este mundo que empleemos una gran parte del dia en el estudio de la religion, y en la meditacion de sus misterios, aplicándonos á saber cada uno las obligaciones de su estado. Esta es la obligacion esencial del hombre. Despues de esto nos podrémos dedicar al estudio de las ciencias humanas en las que debemos consumir solamente aquel tiempo que es necesario para vivir entre los hombres y serles útiles. Estudiar con otro fin, y entregarse á los conocimientos Filológicos por vanidad y con solo el deseo de complacer á los hombres, es querer vivir atormentado; porque á demas de que este estudio es en sí mismo muy pesado, los hombres naturalmen-

te

te ingratos y soberbios, desprecian este trabajo, y la envidia y el odio suelen sucederse á las alabanzas. ¿Qué mayor prueba de esto que el olvido en que cayéron las obras de tantos autores célebres que sacrificáron su salud, y su reposo á la ilustracion de los hombres? No solamente no los aprecian sino que si alguna vez los citan, es para censurarlos, y ridiculizarlos sin compasion. Aristóteles es hoy dia el juguete de los modernos. Descartes es tratado de visionario y soñador. Newton, Gasendo, y los demas Padres de la Filosofía son criticados, las mas veces injustamente, por sus mismos Discípulos. Hasta los libertinos mismos que predicáron por todas partes con aceptacion y suceso el impé-

perio de las pasiones, son mordidos hoy por el penetrante diente de la crítica: Y sus defectos, aun los mas disimulables, son publicados como delitos irremisibles. Los hombres son inexôrables en sus juicios, injustos, é ingratos hasta el extremo.

El medio pues para conseguir la tranquilidad de la vida estudiosa y ocupada, es dedicarse á un estudio proporcionado al temperamento de cada uno, con el fin solamente de agradar á Dios, empleando útil y agradablemente el tiempo. Si los conocimientos que se adquirieren con este estudio así moderado, sirviesen de alguna utilidad á los hombres, se los deberémos comunicar sin reserva, y sin la vanidad de parecer superiores á nuestros hermanos,

nos, esperando únicamente de Dios la recompensa y el premio. Con esta preparacion de ánimo, nuestro estudio será sólido y delicioso; y aunque los hombres nos critiquen, insulten, ó desprecien, nada de esto nos alterará, ni será extraño, pues que nunca esperamos de ellos mejor paga.

El estudio de la Física, despues del de la religion, es el que nos conduce mas inmediatamente al conocimiento del Criador. Pero es necesario guardar en él una moderacion escrupulosa; porque es muy fácil que á fuerza de querer exâminar el espectáculo de la naturaleza, lleguemos á persuadirnos; que penetramos sus arcanos, y que ya podemos formar un nuevo mundo, ó reformar el que tenemos á nuestra vista. Este fué el es-

co-

collo de la Física moderna. Los Filósofos del dia han intentado dominar la naturaleza, y pretendido enmendarla; pero todos sus esfuerzos hasta aquí no pasáron mas allá de la superficie de los fenómenos, sin haber podido darnos una idea clara de las substancias primordiales de que se componen el Cielo y la tierra, aunque lo pretendiéron. Pero esta ciencia está solamente reservada para el que formó el mundo de la nada; y á pesar del lenguage sublime que usan los Físicos en la explicacion de las causas naturales, no tienen mas idea, ni conocen mejor su esencia, que un rústico ignorante que se contenta con ponerse al Sol quando tiene frio, sin pararse en como le alumbra, ni porque le calienta. Lo mis-

mismo sucede en los discursos Metafisicos, en que se pretende explicar la naturaleza de los espíritus, y calcular las leyes del comercio entre el alma y el cuerpo.

Las maravillas de Dios son para nosotros inescrutables; y por mas que fixemos los caminos á los Astros, analicemos los elementos, extraigamos la substancia á las Plantas, y formemos sistemas de sanidad, y felicidad pública: El Cielo cada dia presenta á nuestra observacion, operaciones contrarias á las antiguas, los elementos desatados se burlan de nuestras precauciones, las plantas, y demas substancias de la tierra, niegan á nuestros cuerpos el bálsamo de la inmortalidad que los Chîmicos pretenden hallar en ellas, y por fin los males nos persiguen

hoy

hoy por todas partes, como en todos tiempos. Solamente sabemos algunas cosas, que Dios se digna manifestarnos de quando en quando para el engrandecimiento de su gloria, y el cumplimiento de sus decretos. Todo lo demas es obscuridad, y tinieblas para el hombre colocado en medio de este mundo de prestigios. Así se burla Dios desde lo alto de los Cielos, de nuestra vanidad, é ignorancia atrincherada entre los multiplicados instrumentos de Matemática, y el faustuoso tren de las invenciones de la Física.

Estudiemos pues las ciencias humanas, mas sea con moderacion, y sin ensoberbecernos, creyéndonos superiores á los otros hombres, porque hablamos una xerga mas sonora, aunque tan po-

pobre y vana en el fondo, como el idioma de los rústicos, quando discurren sobre la esencia de la materia primera. Por mucho que combinemos, y á pesar de los sublimes sueños de nuestra Metafisica no llegarémos á conocer jamas la naturaleza de las cosas. Tan desconocida es para los sabios la esencia del alma racional, la del sol, del fuego, del agua, del ayre, &c. como para el labrador mas idiota. ¿Y despues de esta ignorancia tendrémos todavía la osadía de investigar la naturaleza de Dios, y exâminar sus juicios?

¿Quién es capaz de averiguar, (por mas que se precie de saber las leyes del movimiento, las de los líquidos y su gravedad) el equilibrio que diariamente debe

guardar el peso del ayre amosférico, con la resistencia de nuestros humores, para que el cuerpo humano no perezca con el exceso, ó desfallezca con el defecto? ó ¿Qué Médico, por mucho que se lisongee de tener en sus manos las llaves de la vida, podrá determinar su propia muerte, ó preever el grado de dolencia en que va á caer algun hombre por la oculta corrupcion de una entraña? ¿No muriéron sin recurso los Hipócrates, los Galenos, los Boerhaaves, los Sydenhaanes, &c. estos hombres divinos, entre cuyas manos estaba la salud de los Reyes, y que abrian y cerraban á su voluntad, las puertas de la vida, y las entradas del Sepulcro? Así lo creyó el Mundo fascinado con los prestigio-

giosos vaticinios de su ciencia. Pero ellos desapareciéron velozmente de sobre la faz de la tierra; y sus hediondos esqueletos estan confundidos entre el pobre horror de una sepultura, sin que los bálsamos de Botánica, ni los Elixîres de la Chîmica, les hayan preservado de la corrupcion universal.

Solamente Dios es quien conserva la vida del sabio, y la del ignorante, la del rico, y la del miserable. Todos estamos en sus manos, y dependemos de su voluntad, sin que podamos añadir un solo instante á nuestra vida. Por esta razon lo debemos adorar como Señor de la vida y de la muerte, entregándonos en sus manos con la confianza de hijos, sin engreirnos por los dones que gratuitamente nos comunica, re-

partiéndolos á quien quiere, y como quiere, é iluminando á los párbulos. El estudio del Filósofo Christiano debe ser principalmente la sagrada escritura, que es el orígen de la verdad; cuya lectura nos dexa mas satisfechos, y con mas contento interior, que todos los libros de los Filósofos. ¿Qué cosa mas propia para sufrir las desgracias de la vida, y para aprender los preceptos de la sabiduría tranquila, que los libros sapienciales, los de Job, los Evangelios, y las Epístolas de San Pablo?

Este es el estudio que nosotros debemos hacer, si queremos conservar la paz del alma. Nunca debemos estar ansiosos por ciertos libros, escritos con novedad, superficiales y vanos, cuya lectura en lugar de tranquilizar nues-

tro espíritu le inducen en la turbacion y la duda. Contentémonos con ser regulares en nuestra profesion, respetando á los hombres grandes, sin meternos á censurarlos con liviandad: y procuremos por fin tener siempre mas juicio que erudicion. Seamos deferentes y dóciles en las disputas, si deseamos conservar la paz. Y por último convenzámonos de que una gran parte de la sabiduría consiste en ignorar aquellas cosas que no se pueden saber naturalmente, y que Dios quiso ocultar á la comprehension humana.

Para lograr este fin es necesario no leer nunca los libros que la religion prohibe; y quando tengamos duda acerca de su prohibicion, debemos abstenernos de

leerlos, hasta salir de ella. Pero aun quando no lo esten, si vemos que su lectura nos es perjudicial, y nos quita el sosiego de la conciencia, la debemos suspender inmediatamente. Esta práctica, sobre ser conforme á la ley de Dios, nos sirve por otra parte de mucho para conservar el sistema pacífico que nos propusimos en la carrera de las letras, y en la conducta de la vida christiana.

Tambien conviene á este fin evitar las altercaciones literarias, conferenciando solamente las materias científicas con un amigo Filósofo, cuyo carácter moderado inspire la amistad y la confianza. Este es un gran secreto, de que pocos saben usar, para amenizar las ciencias mas áridas, y percibir el gusto de la Filosofía,

que suele hacer tan amarga la vida de aquella casta de literatos, que ponen toda su gloria en impugnar á otros, y en sacrificar su reposo á la contencion y á la disputa. ¡ Desgraciada ciencia, que solo produce inquietudes, y feliz ignorancia la que inspirándonos la moderacion, nos grangea una vida amable y delyetosa!

LECCION III.

Sobre el modo de conducirse en la sociedad.

Es la sociedad la congregacion de los hombres, con quienes nos estrechó íntimamente la naturaleza, imponiéndonos la necesidad

de vivir en compañía, y en dependencia. Todos somos deudores unos á otros de los oficios, y socorros de que tenemos mútua necesidad. Nadie puede vivir sin esta dependencia, y no hay un solo hombre, por mas miserable que le consideremos, que no sea digno de nuestra atencion. Los Reyes y los poderosos tienen necesidad de los pobres, y los ignorantes igualmente que los sabios componen el mundo. Dios nos ha criado á todos para servirle, y repartió sus Dones segun su voluntad. Por lo mismo nunca debemos despreciar á otro, ni insultar la desgracia agena. Debemos por el contrario adorar la providencia de Dios, que nos conserva libres de los males con que aflige á tantos desgraciados. La locu-

cion ó el arte de hablar le fué dada tambien al hombre, para que comunicándonos recíprocamente nuestras miserias, nos ayudasemos unos á otros á vivir felices, y á dulcificar por medio de la conversacion y las exhortaciones las penalidades de esta vida. El hombre que en el trato humano intenta ser sobresaliente haciendo brillar su talento á costa del de sus hermanos, es muy desgraciado en la sociedad. Ningun Filósofo nos ha enseñado á ser sociables mejor que el Evangelio. En él se nos manda sufrir con paciencia las flaquezas de los hombres, y amar cordialmente á nuestros próximos. La misma razon nos dicta que es necesario sufrirlos; porque en la precision en que estamos de vivir entre

 ellos,

ellos, obrar de otro modo sería llevar una vida inquieta y de tormentos.

Es pues necesario que nos conformemos con la razon y el Evangelio, y que vivamos entre los hombres con tranquilidad, haciéndoles quanto bien podamos, y sufriendo las ingratitudes con que nos correspondan. Seamos superiores á las injurias, acordándonos que el enfadarse á cada momento es muy propio de almas pequeñas y rastreras; y que teniendo á Dios por Juez de nuestras acciones, debemos esperar solamente de su mano el premio ó el castigo. Hablemos con afabilidad á los ignorantes y á los sabios: y quando sea necesario tratar con estos últimos acerca de las ciencias, lo deberémos hacer

con modestia y deferencia, exponiendo sinceramente nuestro dictámen evitando las contestaciones, que alteran el espíritu, y rompen el lazo de la sociedad. Con los ignorantes nos debemos portar caritativamente, instruyéndolos con sencillez, y escuchándoles con amor; haciéndonos cargo que Dios ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y que Jesu-Christo mismo hablaba y escuchaba indiferentemente á los justos y á los pecadores, á los sabios é ignorantes.

Con los necios y tercos en su parecer, nunca debemos disputar, y solamente los trataré-mos quando por su propio bien lo exîgen las leyes de la sociedad. En este caso conviene desengañarlos con mucha dulzura, atrayéndo-

dolos por los modos suaves que dicta la prudencia. Mas si aun así se empeñasen en defender tenazmente su opinion, es menester abandonarlos. Sin embargo, quando su modo de pensar sea contrario á la ley de Dios, nos obliga entónces la caridad del próximo á no callar por respetos humanos. En este caso debemos seguir el partido de la verdad sin comprometer la sinceridad christiana con un silencio criminal. Todo quanto hablemos debe ser con miramiento á Dios, al bien de los hombres, y á la conservacion de la propia tranquilidad.

Para esto conviene que siempre que tengamos que hablar con otro, nos acordemos de que Dios le ha dotado á él de las mismas potencias que á nosotros, y que

es nuestro hermano, destinado como nosotros á la felicidad eterna. De esta manera ni despreciarémos altivamente su conversacion, ni romperémos el vínculo que debe estrechar los individuos de la naturaleza humana entre sí. El hombre que con altivez desprecia los dictámenes agenos, manifiesta un carácter baxo, y un espíritu superficial. La historia de los hombres grandes nos dice que fuéron dóciles y sínceros, posponiendo casi siempre su opinion á la agena.

Hablar poco es un gran secreto para vivir con sosiego. Y quando nos veamos precisados á hablar, conviene meditar ántes lo que vamos á decir, porque las palabras no alteren el reposo de la conciencia. Todos los hombres viven

ven atormentados, y se dexan arrastrar de su propia manía, y suele suceder que se enfurecen contra los mismos que los tratan bien, empeñándose en comunicarles su locura, y en que adopten sus extravagancias. En este caso lo que debemos hacer por no perder la paz, es tenerles compasion, callar y procurar evitarlos. Nunca debemos hablar mal de otro en su ausencia, y aun quando no podamos disculpar por algun modo su delito, debemos acusar la flaqueza humana, compadecernos de su caida, y tratarle como si estuviera presente. Lo contrario es villanía, y no acordarse que somos todos frágiles, y que acaso nosotros habrémos cometido maldades mucho mayores que las que censuramos.

De èsta manera cumplirémos con el Evangelio, y no nos grangearémos enemistades y discordias, que perturben la tranquilidad de nuestra vida. El que se considera y reputa inferior á todos, es generalmente estimado de quantos le conocen.

LECCION. IV.

Sobre un cierto método constante de vida.

Para adelantar en las ciencias, y vivir tranquilamente, conviene que el hombre se fixe un método de vida acomodado á su genio y temperamento. Para esto es preciso hacer ánimo firme de nunca se-

separarse de él, aun quando las pasiones le inciten, y los amigos le persuadan. Y si alguna casualidad le hace separarse de él por algun tiempo, debe volverle á tomar inmediatamente, para fixar la inconstancia natural de la fantasía humana, y vivir tranquila y pacificamente. Todo lo demas es querer andar fluctuante entre propósitos, sin nunca ver logrado el fruto de sus deseos, expuesto á las inconseqüencias que resultan de la falta de arreglo en la vida, y sin tiempo para el cumplimiento de sus obligaciones.

LECCION V.

Sobre los placeres.

Los placeres tomados con moderacion, y segun las leyes de la union entre el alma y el cuerpo, son los que hacen la vida amable. Pero quando no se observan estas leyes, suele ser insoportable y dolorosa. Hay ciertos temperamentos que parece fuéron hechos, mas bien que otros, para gozar con viveza de los placeres; pero generalmente los gustos vivos alteran esta armonía. Como los hombres son finitos, llegan en el goze de los placeres hasta un cierto punto, del qual no pueden pa-

sar sin percibir amargura. Todo el arte consiste en saberlos usar con moderacion. Para esto debe estudiar cada uno su propio temperamento. El hombre, cuya organizacion no es á propósito para los placeres vivos y fuertes, y que percibe incomodidad y dolor quando se entrega á ellos, debe abstenerse enteramente de tales gustos. Por que en este caso le resulta mas placer de la abstinencia que del goze de ellos, y su temperamento está mas apto y vigoroso para otros placeres de mas dulce impresion. Por esta razon conviene huir de los gustos y placeres extrepitosos, y entregarse solamente á los que resultan de la vida particular, pacífica y solitaria.

LECCION VI.

Sobre el arte de agradar en la conversacion.

En la conversacion debemos guardar una modestia y gravedad filosófica, digna del hombre y de su ocupacion, sin usar de ademanes groseros y chocantes. Para conciliarnos el cariño de los oyentes debemos proponer siempre nuestro parecer con agrado y sumision. Nunca deberémos hablar sino sobre cosas importantes ó curiosas, que impidan la mormuracion, y eleven el espíritu. Y quando se hablare de algun asunto contrario á

la ley de Dios, al amor del próximo, ó á la quietud propia, debemos ó evitar absolutamente la conversacion, ó callar. ¡Qué felices serian los hombres si observasen en el trato comun estos preceptos de la filosofía del Evangelio!

LECCION VII.

Sobre la conservacion de la salud.

La conservacion de la salud es el mas vivo placer de la vida. Sin ella nuestra exîstencia es penosa, y las operaciones humanas se hacen todas sin gusto, y con languidez. Conviene pues para conservar la salud huir de las sensaciones demasiado dolorosas, y tambien demasiado gratas. Si queremos vivir sanos, es necesario que procuremos conservar la paz del alma y la alegría, que es el bálsamo de la vida: Que hagamos un exerci-

cio corporal suficiente para restablecer el tono de los espíritus disipados por la meditacion: Y que guardemos inviolablemente una moderada dieta en la comida y en las demas pasiones del ánimo. El comer poco es una medicina universal que nos preserva de mil achaques, para cuya curacion no encuentran los Médicos remedio. La naturaleza se contenta con poco; y solamente nuestra desordenada imaginacion y gula nos hace caer en excesos, inventando condimentos y salsas picantes que destruyen nuestro estómago. El hombre sensato nunca come mas que de dos platos á todo mas, y esto con tal frugalidad que está siempre dispuesto al salir de la mesa, para meditar, rezar, ó es-

estudiar. Tambien debemos usar con moderacion escrupulosa del vino, sin permitirnos nunca el uso de los licores artificiales.

LECCION VIII.

Sobre las enfermedades.

Las enfermedades son la pension del pecado, y los precursores de la muerte. Es necesario morir, y todo hombre paga este tributo á la naturaleza. Por lo mismo quando nos veamos enfermos, no nos debemos contristar, ántes bien hemos de procurar mantener la tranquilidad del espíritu, sostenidos siempre con la agradable esperanza de la vida eterna, y los poderosos auxílios que la religion ofrece en tales lances á los justos y á los pecadores. De esta manera ha-

rémos ménos gravosa la enfermedad, si consideramos principalmente que acaso nosotros fuimos los autores de ella por nuestros desórdenes, y que debemos satisfacer á la justicia divina por nuestros delitos, ofreciéndole en descuento los dolores con que prueba nuestra constancia. Despues de esta disposicion de ánimo que debe tener todo christiano, y que con la gracia de Dios hace la enfermedad mas ligera, hemos de procurar conservar la serenidad del espíritu y no multiplicar atropelladamente, y con demasiada ansia de sanar, las medicinas.

LECCION IX.

Sobre la paciencia.

La paciencia es una virtud que nos hace soportar con conformidad las desgracias de esta vida. El verdadero Filósofo conoce bien todo el precio de esta virtud; porque considerando que en este mundo se ha de padecer necesariamente, por constitucion de la misma naturaleza, se entrega con confianza á las disposiciones de Dios, besa el látigo que le castiga, y sufre con paciencia los males, que sin la conformidad christiana, serian para él insoportables, y le con-

du-

ducirian á la desesperacion mas cruel.

LECCION X.

Sobre el paseo.

Así como el estudio es el mantenimiento del alma, el exercicio y el paseo sustentan y mantienen la salud del cuerpo. Pero para que este paseo sea fructuoso es preciso que sea moderado, y que contribuya á la meditacion. Para esto conviene tener un amigo del mismo génio y gusto, en cuya conversacion, comunicándonos mutuamente nuestras ideas, hallemos siempre el lenguage de la sinceri-

ridad. Las sombrías arboledas, las agradables márgenes de los rios, y la silenciosa soledad de los montes, inspiran al Filósofo que se pasea, el amor de la virtud, y el respeto ácia su Criador. En el paseo se exâminan sin tanta fatiga, y se disponen en el entendimiento, las especies adquiridas en el gavinete, y amenizando con esta alternativa nuestra imaginacion, sacamos del paseo toda la utilidad que podemos.

LECCION XI.

Sobre la prudencia.

La prudencia es una virtud que nos enseña á buscar la recta razon de todo aquello que debemos executar. Esta virtud es muy necesaria para la vida humana; porque de poco nos sirve saber los preceptos de la justicia, si no ponemos en execucion los medios de obrarla. Aquel que exâmina y compara ántes de hacer alguna cosa, obra con prudencia, y rara vez errará. Esta virtud tan necesaria al hombre, es el precioso patrimonio del Filósofo.

LECCION XII.

Sobre la sinceridad.

La sinceridad es la mas buena propiedad de un Filósofo. La lengua debe ser siempre el intérprete fiel del corazon. Por lo mismo nunca debe el christiano pronunciar ningun juicio contra el dictámen del sentimiento interior. Fingir y adular baxamente es ir contra la rectitud, y la sinceridad. El hombre de bien, quando en su interior no aprueba alguna accion, calla y manifiesta en el semblante su disgusto. Obrar de otro modo solo es propio de almas viles, y sin probidad.

LECCION XIII.

Sobre la práctica de la virtud.

La práctica de la virtud es el orígen de la felicidad del hombre. El virtuoso pasa la vida tranquila, entregado todo al cuidado de sí mismo y á la práctica del bien. ¿Qué cosa habrá de mas consolacion para el hombre christiano que el testimonio que su conciencia le da á todas horas, de haber cumplido con sus deberes, de no haber hecho mal á nadie, y de tener á Dios por amigo? Al contrario el libertino y el pecador, viven cruelmente ator-

atormentados de sus malas acciones. De modo que buscando ansiosamente el reposo, solamente le encuentran, quando profesan á la letra el Evangelio. La experiencia que el hombre habrá echo de este vacío, que se encuentra en su corazon, quando no sigue el camino de la virtud, apoya esta verdad; y el testimonio contrario de los virtuosos, la confirma. Seamos pues virtuosos, si queremos vivir felices en este mundo, y despues en el otro. No hay que esperar que la Filosofía nos descubra otro sendero para la felicidad.

REFLEXIONES

Para atraer al hombre al amor de su criador.

Los beneficios que Dios nos hizo y nos hace todos los dias, exîgen de nosotros el reconocimiento mas grande, y nos empeñan en exâltar su misericordia para con nosotros. Recorramos los dias antiguos de nuestra exîstencia, y verémos todos sus instantes llenos de favores. Nosotros salimos á este mundo, sin saber como, ni quien nos hacia entrar en él, y inmediatamente despues de nuestro nacimiento, fuimos lavados de la mancha

cha original, que á otros infinitos priva eternamente de la vista de Dios, por no haber nacido entre nosotros. Nos criáron con gran cuidado nuestros padres, y quando llegó el momento de nuestra razon, aprendimos una religion toda divina, fuera de la qual no hay salvacion, dándonos por otra parte tantos medios de ser felices eternamente. Entramos poco á poco en la edad de las pasiones, y al punto que nos reconocemos pecadores, tenemos en nuestra mano los medios de hacernos justos, recobrando los derechos á la gloria perdida por nuestra culpa, en virtud de los méritos del justo de los justos. ¡Qué favores tan inefables! Nosotros fuimos ademas de esto preservados de

la

la muerte eterna, por sola la clemencia de nuestro Dios, tantas quantas veces nos separamos de su ley santa, y quebrantamos sus mandamientos. ¿Quántos hombres se verán actualmente abismados en el fuego eterno por delitos menores que los nuestros? ¿Quántas personas fuéron ignominiosamente castigadas en esta vida, por desórdenes acaso inferiores á los nuestros, pero que la bondad de Dios ha querido ocultar y dexar impunes hasta aquí? ¿Quántos cómplices de nuestros pecados habrán sido presentados ya en el tribunal de Dios á dar cuenta de los mismos delitos en que quizá les hiciéron consentir nuestras persuasiones?

¿A quántos pobres les habrá

tocado en suerte un entendimiento grosero que los imposibilita para aprender la doctrina christiana, y conocer los misterios de la religion, miéntras que nosotros estamos dotados de una razon despejada, con cuyo auxílio estudiamos por nosotros mismos los fundamentos del christianísmo, y aprendemos los preceptos de la vida eterna? ¿Quántos naciéron miserables, y viven siempre en la indigencia, á costa del sudor de sus rostros, al mismo tiempo que nosotros somos de aquel número, que nunca experimentó la necesidad, ni vió el semblante á la miseria? ¿Quántos hombres se encuentran ciegos, cojos, fátuos, leprosos, y llenos de males, al mismo tiempo que nosotros gozamos de

un

un entendimiento claro, de un temperamento robusto, y de una salud sin dolores? ¿Quántos afligidos de enfermedades hereditarias, miéntras que nosotros, habiendo hecho muchos excesos para adquirirlas mas terribles, fuimos preservados de ellas por solo la bondad de Dios? entrémonos en los hospitales, y en esas lóbregas habitaciones de los artesanos y labradores, y nos convencerémos plenamente de esta verdad, repasando todos los dias, el catálogo fúnebre de los desgraciados. Pues si Dios hizo al hombre tantos beneficios, ¿cómo tendrá valor para ofenderle, al mismo tiempo que le llena de favores, y le privilegia tanto en sus gracias? ¿Serémos tan osados que le insultemos con nues-

tros delitos al mismo tiempo que nos colma de sus dones?

No, Dios mio, ya no será mi extravagancia tan grande, que dexe de amaros un solo instante en adelante, de bendeciros y vivir toda mi vida en vuestra religion santa. Os alabaré, Señor, porque me habeis colocado en medio de vuestra Iglesia, dándome tantos medios de salud. Bendeciré vuestro nombre, y le ensalzaré entre las generaciones, que se suceden en vuestra presencia, como las corrientes de un precipitado rio. Vuestra santa ley será la meditacion continua de mis dias y mis noches, y mezclaré en la amargura de mi alma el sustento de mi vida, con el llanto y la afliccion, por mis antiguas maldades. Reconoceré, Dios mio, vues-

vuestros beneficios incomparables, y me mostraré en lo sucesivo mas religioso, mas caritativo y sociable que hasta ahora, y reduciré mi cuerpo á la estrechez para socorrer á mis hermanos. Reconoceré vuestra Omnipotencia y mi flaqueza, y viviré en el retiro y en la soledad, ocupado en el gobierno de mí mismo, y en la reparacion de mis maldades. Imploraré por fin vuestro socorro en las tentaciones de la vida, y os consagraré un reverente homenage de mis potencias, cumpliendo los mandamientos de vuestra ley, con el auxílio de vuestra gracia.

FIN.

nuestros hermanos menos estables, y mi conducta en lo sucesivo mas religiosa, mas caritativa y amable que hasta ahora, y dedicaré mi cuerpo a la especie para socorrer a mis hermanos. Reconoceré vuestra Omnipotencia y mi flaqueza, y viviré en el retiro y en la soledad, ocupado en el gobierno de mí mismo, y en la reparacion de mis maldades. Imploraré por fin vuestro socorro en las tentaciones de la vida, y os consagraré un eterno homenage de mis potencias, cumpliendo los mandamientos de vuestra ley con el auxilio de vuestra gracia.

FIN.